



Deleuze y la dramatización del concepto: una perversión lúdica de la filosofía*

Deleuze and the dramatization of the concept: a playful perversion of philosophy

Santiago Díaz[†]

Universidad Nacional de Mar del Plata/CONICET - Argentina

DOI: <https://doi.org/10.33975/disuq.vol12n1.892>

Φ

Resumen

La filosofía deleuziana ha pasado por reiteradas críticas desde la ortodoxia de la academia, debido a su fuerte impronta de innovación en muchos de los aspectos estrictamente disciplinares que la filosofía tradicionalmente ha tomado como propios. En el presente trabajo, siguiendo fundamentalmente la propuesta de su última obra *¿Qué es la filosofía?* (1991), se intenta un retrato de la concepción deleuziana de la filosofía, entendida como creación de conceptos, a partir de una serie de movimientos (dramatizar, fabular e intervenir) que subyacen a la elaboración conceptual de la filosofía. Estos movimientos se entienden como operaciones coextensivas con la tríada deleuziana de trazar el plano de inmanencia, inventar personajes conceptuales y crear conceptos. En definitiva, se propone una posible lectura de la filosofía deleuziana como una actividad lúdica que pervierte los ámbitos y procedimientos habituales de la filosofía occidental.

Palabras clave: conceptos, Deleuze, dramatización, inmanencia.

Abstract

The Deleuzian philosophy has undergone repeated criticism from the orthodoxy of the academy, due to its strong imprint of innovation in many of the strictly disciplinary aspects that philosophy has traditionally taken as its own. In this paper, fundamentally following the proposal of his latest work *What is Philosophy?* (1991), we attempt a portrait of Deleuzian conception of philosophy

* **Recibido:** noviembre 28 de 2022. **Aceptado:** 30 de enero de 2023.

[†] **Contacto:** ludosofias@gmail.com

as creation of concepts, from a series of movements (*dramatize*, *fables* and *intervene*) underlying conceptual development of the philosophy. These movements are understood as coextensive with the Deleuzian triad operations to trace the plane of immanence, inventing conceptual personae and create concepts. Definitely, we propose a reading of Deleuzian philosophy as a recreational activity that perverts the fields and normal procedures of Western philosophy.

Keywords: Concepts, Deleuze, Dramatization, Immanence.

Cómo citar este artículo: Diaz, S. Deleuze y la dramatización del concepto: una perversión lúdica de la filosofía. *Revista Disertaciones*, 12(1), 23–41. <https://doi.org/10.33975/disuq.vol12n1.892>



Material publicado de acuerdo con los términos de la licencia Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International (CC BY-NC-ND 4.0). Usted es libre de copiar o redistribuir el material en cualquier medio o formato, siempre y cuando dé los créditos apropiadamente, no lo haga con fines comerciales y no realice obras derivadas.

Apertura: una filosofía expresiva de lo *lúdico-vital*

La filosofía deleuziana, en tanto propuesta *singular* de pensamiento, posee la necesidad de transformar ontológica y políticamente la antigua tríada dogmática de *querer*, *reconocer* y *fundar*, por otra que se encargue de *trazar* planos, *inventar* personajes y *crear* conceptos, para *pervertir* los fundamentos que sostienen el canon filosófico tradicional; además de advertir que el pensamiento no es un liviano ejercicio de una facultad natural humana bien entrenada, sino un acto creativo-vital causado por la violencia de fuerzas ignoradas que arrastran y fuerzan a pensar (Deleuze 1972 180; Mengue 198-199). En este sentido, para Deleuze, el pensamiento debe abandonar la representación, los fundamentos y la voluntad de verdad (Deleuze 2002, 2009a; Zourabichvili 2004) como fundamento ontológico-político de su funcionamiento intrínseco en la tradición eminente de la Filosofía, para pasar a producir un gesto inmanente de creación singular, que conjugue las potencias de *dramatización*, de *fabulación* y de *intervención* bajo un complejo accionar *lúdico* y a la vez *perverso*. Dice Deleuze en su *Lógica del sentido*:

Lo que llamamos perverso es, precisamente, esta potencia de duda objetiva en el cuerpo, esta pata que no es todavía derecha ni izquierda, esta determinación en cascada, esta diferenciación que nunca suprime lo indiferenciado que se divide en ella, ese suspenso que marca cada momento de la diferencia, esta inmovilización que marca cada momento de la caída (Deleuze 1994 281-282).

Implicando la corporalidad y sus tensiones dubitativas inherentes, los vaivenes inciertos e indeterminados, Deleuze hace del pensamiento un movimiento sensible que demanda una presencia y gestación constante. Justamente, su filosofía es un *constructivismo* que involucra una creación no representativa ni analógica, sino que es una pura creación de variaciones intensivas en un plano de inmanencia vital, es decir, un *planómeno* (Deleuze y Guattari 2010 256) poblado de *haecceidades* inconclusas (*Id.* 266), que por medio de personajes intrépidos que con-fabulan errática y rizomáticamente nuevos conceptos, hacen entrar al pensamiento en un *devenir-intenso*, en una vibración

compleja de líneas, al pensamiento. Una creación como carácter de un pensamiento del devenir que sobrevuela una realidad ontológicamente inmanente y que a su vez es el devenir del pensamiento (Sasso y Villani 67). De este modo, el devenir, en tanto novedad imprevisible y epidémica, es la materialidad contagiosa de heterogeneidades propia de la vida, una actividad que es entendida como perpetua individuación que se *diferencia* (Cf. Sasso y Villani 70), es decir, como pensamiento vital que se *diferen(t/c)ia* singular y autoconsistentemente por sustracción en una multiplicidad heterogénea (Deleuze 2009a 366). A su vez, desde una afinidad muy cercana a su intercesor Gilbert Simondon, este devenir provoca una individuación momentánea, que por estricta simpatía hace converger graduaciones locales de intensidad, articula a velocidad infinita una simbiosis de afectos impersonales en un *continuum* material, es decir, un *phylum* de intensidades (Deleuze y Bene 10; Deleuze 2005 130). Así, confecciona un entorno modulado y dinámico de consistencia transitoria (Deleuze 2005 116) que diagrama una imagen de la subjetividad afectiva y nómada, como lo expresa Anne Sauvagnargues: “La imagen de la subjetividad no es otra cosa que una longitud que se afecta a sí misma, y se subjetiva por indeterminación” (79).¹ Una subjetividad *corporante* que involuciona, que minora y se agencia intensivamente en el más complejo de los mundos. Ni más ni menos que un vivo agenciamiento colectivo de afecciones indeterminadas que transitan por un instante efímero bajo un sobrio umbral, habitando un límite móvil, transitando por bordes flexibles y pactando *huidas* (Deleuze y Parnet 60) a partir de infinitos-devenires, los cuales crean la más singular y novedosa expresión de *una* vida.

La novedad arriba con intensa potencia en medio de un caos *caotizante* constitutivo como acto diferenciante de creación, que activa las formas de actualización de una temporalidad ilimitada, de esa *duración* de la que hablaba H. Bergson. Un gesto de pensamiento que efectúa la coalescencia actual del presente, coimplicando ciertas virtualidades posibles, o mejor, un gesto que se materializa momentáneamente en un acontecimiento efectivo del Ser singular y unívoco (Deleuze 1994 186-187; 2009a 71-80). Por esto, la novedad surge en cada acto de pensamiento que *expresa* la vida y que involucra toda la potencia del azar que fluye por efectuación en una sola y afirmativa jugada (Cf. Deleuze 1996 12-13; 2009a 375). Deleuze propone una filosofía que juega cartas ilegibles,

¹ Son de traducción propia todas las citas provenientes de textos en otros idiomas.

que mueve piezas impalpables, imperceptibles, y pone al extremo, arrastrando al límite, las novedades como impensamientos reales y profundamente inactuales. Como lo expresa en *Dos regímenes de locos*, cuando afirma que "se trata de un pensamiento imposible, es decir, de hacer pensables, mediante un material de pensamiento muy complejo, fuerzas que no son pensables" (Deleuze 2007 152). Esa potencia creadora y problemática del pensamiento, esa energía fulgurante que captura lo inasible de lo que acontece, es lo que podemos denominar una filosofía *lúdica*. Así, en *Diferencia y repetición*, se expresa el vínculo entre el azar, el pensamiento y una noción autoderminante del juego que lo acerca a la idea de filosofía que Deleuze propone:

Se dice que el hombre no sabe *jugar*: sucede que cuando se da un azar o una multiplicidad, concibe sus afirmaciones como destinadas a limitarlo; sus decisiones, como destinadas a conjurar su efecto; sus reproducciones, como destinadas a hacer volver lo mismo bajo una hipótesis de ganancia. Se trata, precisamente, del mal juego, aquel donde se corre el riesgo tanto de perder como de ganar, porque en él no se afirma *todo* el azar: el carácter preestablecido de la regla que fragmenta tiene como correlato a la condición por defecto en el jugador, que no sabe qué fragmento saldrá. El sistema del porvenir, por el contrario, debe ser llamado juego divino, porque la regla no preexiste, porque el juego ya descansa sobre sus propias reglas, porque el niño-jugador no puede sino ganar —dado que todo el azar está afirmado cada vez y por todas las veces—. No afirmaciones restrictivas o limitativas, sino coextensivas a las preguntas formuladas y a las decisiones de las que estas emanan: tal juego provoca la repetición de la jugada necesariamente vencedora, puesto que no lo es más que a fuerza de abarcar todas las combinaciones y las reglas posibles en el sistema de su propio retorno (Deleuze 2009a 181-182).

Ahora bien, una propuesta filosófica con estas características, posee en lo subyacente de sus acciones particulares (trazar, inventar, crear), unos *movimientos* que operan subrepticamente para viabilizar el deslizamiento y efectiva realización de los actos propios de dicha filosofía. De esta manera, el trazado ontológico de planos de consistencia requiere una operación de *fabulación* que colabora con su instauración; a su vez, la invención de personajes conceptuales funciona como una *intervención* sobre dicho plano; y, finalmente, la creación de conceptos se realiza a partir de una *dramatización* de los actos de pensamiento. Todos estos movimientos se comprenden mutuamente y se implican bajo un denso juego de creación filosófica, que despliega un dinamismo zigzagueante y

huidizo sobre los conceptos para dar una nueva imagen de pensamiento (Deleuze y Guattari 2009 23).

Dramatizar el concepto

De manera general, en una tradicional historia de la filosofía que va, al menos, de Platón a Hegel, los conceptos han pasado mayormente por una abstracción cerrada en sí misma que comprende la necesaria universalidad definida de las cosas, incluso han pasado por proposiciones estables que definen las referencias inmediatas a las cuales hay que dirigirse, por medio de un ejercicio estricto de la razón, para encontrar lo que se busca, en este caso: la verdad. Ante esto, la filosofía deleuziana ha propuesto un nuevo modo de pensar el concepto introduciendo en él un dinamismo, una velocidad que acelera o que disminuye sus componentes, forzando una intensificación de los actos *corporantes*, sensibles y vitales de pensamiento. En efecto, el concepto se concibe como una singularidad: una *heterogénesis* incorpórea, autorreferencial e intensiva que involucra una multiplicidad móvil y fluctuante de elementos relacionados bajo un régimen relativo de variación, en tanto que produce un centro de vibraciones en el que resuenan distintos componentes conceptuales en su interior y promueve la apertura de otros conceptos nuevos y diferentes (Deleuze y Guattari 2009 26-28): de ahí, la vertiente proliferante, productiva del pensamiento y el sentido pleno del *constructivismo*. De esta manera, Deleuze concibe este movimiento del pensamiento filosófico como una consistencia que envuelve una verdad a medida y que se trama en una constelación de un *acontecimiento futuro* (*Id.* 37), no encarnando un estado de cosas, sino tallando un acontecimiento incorporal que sobrevuela creativamente todos los componentes como una experimentación de lo nuevo. La creación de conceptos implica conectar componentes internos hasta su saturación y diagramar un campo de tensión relacional en el que se exprese afirmativamente la fuga de un problema. Esta *plurivocidad conectiva* (*Id.* 91) que es el concepto requiere de una dramatización de sus entrañas, de sus intensidades constitutivas, como una inyección de dinamismo que abra las conexiones a un

indeterminado horizonte de relaciones posibles, vínculos factibles y pactos de alianza no menos perversos que la arriesgada transfiguración que amenaza su propia individuación (Deleuze 2002 113, 169; 2007 301).

La dramatización del concepto lejos de la teatralidad de la representación que genera una distancia distintiva entre la noción conceptual como ideal determinante y la materialidad vibrante del acontecimiento, exige la búsqueda pluralista e inmanente de nuevos espacios de interacción (Pellejero 2006 211), para crear nuevas vibraciones, giros, saltos, gravitaciones, resonancias, conmociones, que desplacen como en una danza la fuerza del concepto (2009a 31-32). Para esto se dramatiza el espacio interior que lo constituye, y que a la vez se multiplica internamente para abrirse a la interacción con los espacios externos, enlazados en ritmos diferenciales que provocan un flujo de actualización conceptual (*Id.* 326-327). Con esto, se especifican los límites del concepto en tanto que éste encarna las relaciones diferenciales y las singularidades que íntimamente lo conforman. El movimiento de dramatización como complejo de *differen(t/c)iation* (Deleuze 2005 128-130) le brinda al concepto una profundidad inextensa que se expresa en la superficialidad de las interacciones oscilantes con otras fuerzas inicialmente ajenas al concepto, y que por tanto le permite diferenciar y diferenciarse como entorno de individuación singular. Precisamente, en una compilación de escritos dispersos de Deleuze, realizada por su amigo David Lapoujade y publicada en francés en el 2002, llamada *La isla desierta y otros textos*, el filósofo expresa cuál es su idea de dramatización:

la dramatización: se trata de dinamismos, determinaciones dinámicas espacio-temporales, pre-cualitativas y pre-extensivas, que “tienen lugar” en sistemas intensivos en donde las diferencias se reparten en profundidad, y cuyos “pacientes” son sujetos esbozados, siendo su “función” la de actualizar las Ideas (Deleuze 2005 143).

Así, la creación de conceptos refiere al movimiento de dramatización desde una dinámica indiferenciada que actualiza la multiplicidad conceptual, y permite que éste se actualice, tanto cualitativa como cuantitativamente, en el acoplamiento divergente de intensidades o resonancias que lo conforman. Basta con advertir el sentido inquietantemente móvil que le da B. Spinoza al denominar *Ética* a su tratado ontológico-político, como sentir la *voluntad de poder* nietzscheana en las palabras de Zaratustra, para

comprender esta dramática del concepto. Indudablemente, dramatizar el concepto es abrirlo al *plateau* polifacético y multiescénico, en el que las fuerzas actuantes no se representan en personajes definidos, ni sus papeles las capturan en una identidad inmóvil, ni mucho menos enaltecerlas como estrellas del espectáculo; sino que configuran un drama fugitivo e instantáneo de gestos, muecas y máscaras que interactúan sin “actor” (Foucault y Deleuze 15), sombras que se fusionan en un plano multiplicado de variaciones sin sujetos, sin identidades, sin referencias, tan solo puro devenir conceptual que hace huir problemas para luego instaurar otros. Se trata de dramatizar “sombriamente” para hacer sensible la Idea que sostiene la vitalidad de un concepto y lo compone con un problema. Una propuesta filosófica por el sondeo de las profundidades, la inmersión en lo sombrío, en las zonas de opacidad que no quedan clara y distintamente en la evidencia de la superficie. En ese sentido, Deleuze expresa:

Dado un concepto en la representación, nada sabemos aún mediante él. Sólo aprendemos en la medida en que descubrimos la Idea que opera bajo tal concepto, el o los campos de individuación, el o los dinamismos que determinan su encarnación; únicamente en estas condiciones podemos penetrar en el misterio de la división de los conceptos. Y todas estas condiciones definen la dramatización y su corte de preguntas: «¿en qué caso?, ¿quién?, ¿cómo?, ¿cuándo?, ¿cuánto?». *La más corta* no es el esquema del concepto de línea recta sino porque, antes de ello, es el drama de la Idea de línea, el diferencial de la recta y la curva, el dinamismo que trabaja silenciosamente. Lo claro y distinto define la pretensión del concepto en el mundo apolíneo de la representación, pero bajo la representación están siempre la Idea y su fondo distinto-oscuro, hay un “drama” bajo todo *Iógos* (Deleuze 2005 137).

Dramatizar es un método que antes de buscar y esquivar la “contradicción” que comprendería el peligro de una relación representacional de la idea como unidad y su particular, se propone afirmar la pluralidad inmanente que abre la noción de una Idea como multiplicidad variable que traza coordenadas específicas para *fabular* un plano de consistencia vital.

Fabular el plano

Cada acto de pensamiento arrastra una modificación, un devenir que da inicio al pensar filosófico y toma forma al brindar consistencia al concepto; y entre estos movimientos de *dramatización* deambula el caos como fondo indiscernible que se comprende no como una ausencia de determinación u orden, sino como la fuerza creadora que permite hacer proliferar una cierta cantidad de conexiones diversas, inesperadas. Este caos afirmativo de dimensiones compositivas inimaginables funciona como una potencia que Deleuze y Guattari denominan *caotizante* (2009 46), la cual hace derivar toda consistencia estable con pretensión de imponer sus formas de manera permanente. Habitar el caos, como nos recomiendan las distintas disciplinas artísticas contemporáneas, no es una experiencia de desorden o descuido, sino de hacer intervenir en los procesos creativos una cuota de desestabilización que permita nutrir los procedimientos con los cuales se pretende componer una obra. De este modo, en sentido deleuzo-guattariano, una obra de arte es la materialización finita que coagula momentáneamente una porción de caos inestable y hace perdurar la posibilidad de percibir esa vibración infinita que se contiene ahí mismo. Del mismo modo, existe una necesidad similar en la filosofía al intentar adquirir cierta consistencia, sin perder el infinito productivo del pensamiento. Para Deleuze, se trata entonces de abrir una inmanencia que implique la mayor intimidad con el *afuera* del pensamiento y la exteriorización más cruda de lo interno para *planificar* un trazado infinito de planos coexistentes bajo una versátil univocidad natural (Deleuze y Guattari 2010 269).

Una filosofía que esquivo todo lo trascendente, lo universal y eterno, para cobijarse en todo lo que invite a un movimiento que fluctúe en la versatilidad dinámica de lo inmanente, singular y efímero. Esta filosofía es la nueva imagen del pensamiento que reivindica el movimiento que puede tensionar el infinito y forzarlo a un horizonte relativo que se expande y contrae indistintamente, trazando un plano de inmanencia que no cesa de producirse, no como concepto en sí mismo sino como aquello que garantiza prefilosóficamente el contacto de los conceptos bajo conexiones insistentes y crecientes (Deleuze y Guattari 2009 41). En efecto, el plano de inmanencia no se piensa, sino que es lo que permite al pensamiento generarse una imagen del pensar, y que a su vez se

encuentra circunscrito por ilusiones o espejismos del pensamiento. En *¿Qué es la filosofía?* Deleuze y Guattari lo expresan del siguiente modo:

Si la historia de la filosofía presenta tantos planos muy diferenciados no es sólo debido a unas ilusiones, a la variedad de las ilusiones, no es sólo porque cada uno tiene su modo – siempre renovado– de volver a conferir trascendencia; también lo es, más profundamente, a su modo de hacer inmanencia. Cada plano lleva a cabo una selección de lo que pertenece de pleno derecho al pensamiento, pero esta selección varía de uno a otro. Cada plano de inmanencia es un Uno-Todo: no es parcial, como un conjunto científico, ni fragmentario como los conceptos, sino distributivo, es un “cada uno”. *El plano de inmanencia es hojaldrado* (Deleuze y Guattari 2009 53).

En esta ontología de plena afirmación, un plano de inmanencia se establece como ese Uno-Todo ilimitado abierto a la proliferación de movimientos infinitos que lo transitan y vitalizan; es un horizonte poblado de acontecimientos conceptuales que se pliegan y repliegan sobre él, que lo recorren y no cesan de hacerlo, bajo una distribución nómada de variaciones que le brindan una velocidad absoluta de expresión. El plano posee características diagramáticas que movilizan las fuerzas del infinito direccionadas bajo una trama de naturaleza fractal y absoluta; y en este absoluto ilimitado, los conceptos se forman como volúmenes fragmentarios, constituidos en ordenadas intensivas o posiciones diferenciales finitas de los movimientos infinitos que proliferan en el plano. Si pensamos en la propuesta filosófica de *Mil Mesetas* (1980/2010) de Deleuze y Guattari, encontramos que hacerse un *cuero sin órganos* es una premisa necesaria para las gestaciones de experiencias y formas de vida que no se vean subordinadas a modelos preexistentes para poder ser reconocidas como existentes. El *cuero sin órganos* es el gran plano de consistencia de la filosofía deleuzeana. Asimismo, los conceptos se crean en el plano de consistencia como intensiones o curvaturas variables, que conservan los movimientos fluidos del infinito, delineando una modulación efectiva que secciona una parcela de su abierta totalidad sin restringir ni un mínimo su potencia o velocidad absoluta (Deleuze y Guattari 2009 47; 1996 153). En el plano-*cuero sin órganos*, fluctúan los conceptos-rizomas, los conceptos-devenires, las diferenciaciones, las *haecceidades*, las multiplicidades, y toda una “bolsa” –al decir de Úrsula Le Guin (2022)– de conceptos que hacen proliferar los dinamismos vibrantes de la filosofía.

De este modo, el trazado de planos de consistencia mantiene la posibilidad de un pensamiento como experimentación de lo nuevo, puesto que el fondo creativo de la inmanencia y la simultaneidad del tiempo *estratigráfico* (Deleuze y Guattari 2009 60-61), introducen el devenir y la coexistencia de planos, en oposición a la eminencia progresiva y lineal que ofrece la perspectiva tradicional de la historia de la filosofía y su sucesión de sistemas que intenta determinar un modelo basado en las ilusiones de representación, eternidad, trascendencia y universalidad. Pero también el trazado de planos de inmanencia involucra un movimiento íntimo de *fabulación* que le hace surgir en medio de los fuertes espejismos que ordenan la realidad. Efectivamente, la fabulación se propone como movimiento *visionario* de inactualidad (*Id.* 172), como lo que deviene sin ser esperado o incluso imaginado (Deleuze 2009b 14), y que constituye la realidad profunda de una empresa creativa que se revela ante las pretensiones o ficciones onerosas de capturar sus fuerzas activas innovadoras (Deleuze 1995 201; Cangi 34). De ahí que la fabulación sea un acto coextensivo con el trazado de planos, en tanto activa la potencia creadora de lo falso e inventa un horizonte absoluto de fabulación del infinito (Deleuze 2009c 179), para configurar un umbral de apertura al momento expresivo del devenir.

Así, para Deleuze, la filosofía pone en juego el vigor afirmativo de la multiplicidad inmanente en cada acto de fabulación, que articula las fuerzas de la creación y toma como diagrama filosófico el plan de consistencia o *planómeno*. Además de su importancia para el trazado de planos de inmanencia, la fabulación tiene una resonancia revolucionaria que si bien, filosóficamente, se inscribe con fuerza desmistificadora (Deleuze 2002 150) en la denuncia de la trascendencia y la apertura a una nueva figura filosófica de orden inmanente, en el orden socio-político permite la producción de agenciamientos colectivos que abren una zona futura de construcción del *pueblo por venir* (Deleuze y Guattari 1990 31-32). La filosofía es una conmoción que abre la posibilidad de volver a escuchar las palabras, es un modo estético-político de resistir a un presente que se desborda de comunicación y que termina anestesiando la percepción de toda relación posible. Si la filosofía es creación de conceptos, lo es como una fabulación que fabrica las zonas de gestación posible para una comunidad futura en la que estas nuevas creaciones conceptuales puedan ser percibidas, recibidas, y puestas en circulación. En este sentido, Deleuze y Guattari afirman que:

Aunque la filosofía se reterritorialice en el concepto, no por ello halla su condición en la forma presente del Estado democrático, o en un cogito de comunicación más dudoso aún que el cogito de reflexión. No carecemos de comunicación, por el contrario nos sobra, carecemos de creación. *Carecemos de resistencia al presente*. La creación de conceptos apela en sí misma a una forma futura, pide una tierra nueva y un pueblo que no existe todavía (Deleuze y Guattari 2009 110).

En definitiva, fabular el plano es una manera de fabulación que *programa* una revolución *lúdica ideal* (Lambert 137-138), en la cual un proceso original de creación permite conjugar instantes puros de apertura a la novedad, y establecer una extensión posible para el devenir real del pueblo aún no constituido (Bogue 97). Esta ficcionalización real del plano que abre el paso a las conjugaciones conceptuales y a las percepciones futuras de una comunidad aún no conformada, demanda la intervención de ciertos *personajes* que desde su potencia ficcional puedan expresar lo que todavía no puede ser expresa, es decir, que son quienes, desde su existencia enmascarada y densamente sombría, pueden soportar todo el caudal vibrátil y resonante de ciertas conceptualizaciones que todavía no pueden ser percibidas. Estos *personajes* que el filósofo inventa, le permiten expresar lo que todavía no ha podido ser expresado, esa es su potencia creadora, es decir, filosófica.

Intervenir los personajes

Para articular el trazado del plano de inmanencia y la creación de conceptos se necesita de ciertos agentes intercesores, de “actores” que permitan el movimiento de este juego filosófico de *dramatización* y *fabulación*. Estos actores surgen como los encargados de sumergirse en el vertiginoso movimiento del caos para extraer de ahí los rasgos diagramáticos que configuran el plano de inmanencia; y, por otro lado, corresponder con cada golpe de azar los rasgos intensivos de los conceptos que se posicionan en un lugar determinando del plano (Deleuze y Guattari 2009 77). Es por ello que en mutua relación con el plano y los conceptos, los “personajes conceptuales” cumplen el papel de expresar las desterritorializaciones y reterritorializaciones del pensamiento a partir de rasgos

principalmente dinámicos, que colaboran para que éste prolifere, contagie, se deslice a velocidad infinita sin perder potencia creadora. En efecto, los “personajes” se crean, emergen y proliferan, en cada nueva apuesta filosófica y devienen en una multiplicidad de nuevos y diferentes personajes, que se relacionan y reproducen según la necesidad de los problemas emergentes. Algo que para Deleuze es muy importante, es que los personajes conceptuales, sin reducirse a tipos psicológicos o personalidades definidas, canalizan el devenir como sujetos/máscara de una filosofía, asumiendo la potencia del concepto en su recorrido por el plano de consistencia. Sujetos disfrazados, enmascarados, insanos, *outsiders*, rivales, incorporeales, que sin trasfondo preciso se vuelven los *heterónimos* del filósofo. Por ello, los personajes conceptuales toman la voz del filósofo para anunciar lo impensado y hacer del pensamiento una voz impersonal que contiene la fuerza insistente de lo novedoso. Con la voz y presencia de estos personajes, el filósofo, alcanza a decir lo que aún no puede ser escuchado, lo que todavía no puede ser sentido, las palabras del personaje conceptual agrietan el sentido para introducir un poco de caos en la comprensión de mundo actual, para hacerlo derivar en fugas intempestivas e inactuales. De esta manera, en el capítulo 3 de *¿Qué es la filosofía?*, dedicado específicamente a los personajes conceptuales, Deleuze y Guattari afirman que:

El personaje conceptual no es el representante del filósofo, es incluso su contrario: el filósofo no es más que el envoltorio de su personaje conceptual principal y de todos los demás, que son sus intercesores, los sujetos verdaderos de su filosofía. Los personajes conceptuales son los “heterónimos” del filósofo, y el nombre del filósofo, el mero seudónimo de sus personajes. Yo ya no soy yo, sino una aptitud del pensamiento para contemplarse y desarrollarse a través de un plano que me atraviesa por varios sitios. El personaje conceptual no tiene nada que ver con una personificación abstracta, con un símbolo o una alegoría, pues vive, insiste. El filósofo es la idiosincrasia de sus personajes conceptuales. El destino del filósofo es convertirse en su o sus personajes conceptuales, al mismo tiempo que estos personajes se convierten ellos mismos en algo distinto de lo que son históricamente, mitológicamente o corrientemente (el Sócrates de Platón, el Dioniso de Nietzsche, el Idiota de Cusa). El personaje conceptual es el devenir o el sujeto de una filosofía, que asume el valor del filósofo (Deleuze y Guattari 2009 65-66).

Para Deleuze y Guattari, los personajes conceptuales determinan las coordenadas múltiples o condiciones de efectuación que se necesitan para realizar la creación de

conceptos singulares y el trazado de una consistencia *caosmica*. Esto es posible a partir de un movimiento de *intervención* que se lanza sobre la naturalidad de lo continuo para desgarrar las formas anquilosadas, descodificar sedimentaciones, generar conflictos varios, en fin, pasar por el medio e intervenir lo dado (Dosse 2009 585). Con este movimiento se interviene la filosofía en su interioridad, pero pasando por fuera de ella, trastocando, intercediendo, trasmutando, captando otras fuerzas, y en relación activa con estas fuerzas, la filosofía, se sumerge en medio del pensamiento para conjugar nuevas conexiones intensivas. Más precisamente, a partir de intervenciones *extrínsecas*, la filosofía concibe conceptos en directa vinculación con producciones que proceden de otras disciplinas como la ciencia o el arte y, aunque mantiene sus propios elementos, interactúa con las fuerzas afectivas ajenas para producir conceptos de sensaciones o de una función de orden científico (Deleuze y Guattari 2009 218-219). Asimismo, se interviene de manera *intrínseca* cuando ciertos conceptos o personajes conceptuales se desterritorializan de sus planos para reterritorializarse en otros que no corresponden a su medio y promueven relaciones fortuitas con la composición artística o la coordinación referencial de la ciencia (*Id.* 219). Y entre estas interferencias de planos y conceptos, pueden surgir intervenciones *ilocalizables*, por las cuales se afecta indiscerniblemente a partir del *afuera* de una disciplina, es la relación con el negativo absoluto que devuelve una incertidumbre inestable y a su vez prometedora.

Se *interviene* a Platón, se *interviene* a los estoicos, se *interviene* a Spinoza, se *interviene* a Hume, se *interviene* a Bergson, se *interviene* a Proust, se *interviene* a Kafka, se *interviene* a Bacon y, recíprocamente, éstos intervienen la filosofía de Deleuze. No se trata de una interpretación de esas propuestas teóricas y artísticas, quizás sea más bien una versión, un retrato, un boceto donde la filosofía interviene para hacer devenir a estos autores y sus conceptos, en “personajes conceptuales” de la filosofía deleuziana. Luego, cada quien deberá encontrar los personajes conceptuales que den consistencia a su propuesta. De este modo, la intervención filosófica se realiza en medio de la consistencia de los sistemas de pensamiento, se interviene en su superficie, explorando medios, trayectos dinámicos, etc.; se interviene cartográficamente (Deleuze 2009b 90) introduciendo fuerzas nómades, devenires-infinitos, potencias desterritorializantes, como flujos ajenos que transforman *un* instante, *una* multiplicidad, *una* vida (*Id.* 139).

En sí mismos, los personajes conceptuales son una intervención, en cuanto que se inmiscuyen en los contenidos filosóficos, no para destruirlos ni detenerlos –lo que sería la *muerte* del concepto–, sino para anticipar sus despliegues, retrogradar sus evoluciones y precipitarlos en una *involución* creadora que los diversifica y vitaliza (Deleuze y Guattari 2009 44). A través de puntos de intervención o inserción, se abre en medio de producción conceptual que arrastra al límite la potencia de los conceptos para hacerlos devenir en una singularidad variable, que se sostiene en el plano de inmanencia como una distorsión armónica que no cesa de transformarse. De esta manera, el acto de intervenir que promueven los personajes conceptuales converge sincrónicamente con la *dramatización* y la *fabulación*, en tanto que se desplaza intersticialmente en medio de la creación conceptual y el trazado de planos de inmanencia, para desplegar la intensidad innovadora de un *juego ideal* (Deleuze 2009a 418; 1994 78-84) que no cesa de movilizar infinitos lanzamientos como afirmación del devenir y la necesidad del azar (Deleuze 2002 40-41).

Deleuze y la filosofía: una perversión lúdica

A lo largo de este breve artículo hemos intentado proponer un sobrevuelo modesto de los procedimientos que interactúan en la gestación del pensamiento filosófico desde G. Deleuze. No se trató de realizar una revisión exhaustiva ni detallada, sino que se buscó expresar la experiencia del pensar filosófico según lo propone nuestro filósofo francés. En este sentido, se podría concluir que la filosofía, para Deleuze y Guattari, surge cuando se superponen de manera inmanente, en relación activa de producción, el trazado de un plano dinámico, la invención de personajes conceptuales y la creación propiamente de conceptos, a partir de los movimientos subyacentes de *fabulación*, *intervención* y *dramatización*.

Siguiendo lo expresado en *¿Qué es la filosofía?* (Deleuze y Guattari 2009 78), se podría sintetizar que lo propio del pensar filosófico, como ejercicio creador, es la gestación de un plano *pre-filosófico* que se debe trazar en su propia inmanencia, la instauración de un o unos personajes *pro-filosóficos* que se deben inventar o *hacer vivir* como rasgo de

insistencia, y la concepción de conceptos *filosóficos* que deben crearse para dar consistencia a una Idea. Es decir, “trazar, inventar, crear constituyen la trinidad filosófica. Rasgos diagramáticos, personalísticos e intensivos” (*Ibíd.*). Estos movimientos germinales de la inmanencia filosófica implican un gesto de insumisión necesaria ante los planos de trascendencia que se establecen como determinaciones preexistentes de las formulaciones filosóficas, esto nos lleva a proponer esta actitud *lúdica* y *perversa* de los modos en que se establece el sentido común del pensamiento. Se trata, entonces, de un juego abierto de interacciones productivas que arremete contra la autoridad de lo establecido y la confianza del “buen sentido” y del “sentido común”, mediante la acción de *pervertir* los límites interiores que definen las regularidades. Una *perversión* que introduce lo nuevo en los sistemas estables y codificados como un foco virtual o punto cero de inactualidad (Deleuze 1994 303-304). Esta teratogénesis del concepto filosófico se expresa como una filosofía de lúdica perversión que juega por las superficies, sobrevolando y transfigurando intensidades, haciendo trastabillar lenguas, formando territorios nómades que enfrentan las reterritorializaciones sobrecodificantes (Deleuze y Guattari 1974 374), contraefectuando presentes sin espesor como puros acontecimientos incorporales (Deleuze 1994 175), distribuyendo inclusivamente la heterogeneidad constitutiva de las multiplicidades (Deleuze 2009a 72-73), en fin, rasgando transversalmente el suave paño de la univocidad en las formas constituidas, fabricando un plano de pura experimentación que fluye expresivamente conectando la totalidad abierta del Ser (Zourabichvili 2007 58).

Gilles Deleuze ha jugado con la filosofía y su seria pomposidad momificada, la ha pervertido y transfigurado con potencia teratogénica, monstruosa. Ha corrompido la historia de la filosofía al reanimar figuras olvidadas y filósofos *menores*. Ha invertido el platonismo. Ha desviado la filosofía a encontrarse con su negación, con lo no-filosófico, y ciertas zonas desconocidas para el debate interno de la disciplina. Ha vitalizado con alegre dinamismo los conceptos *pesados* de la tradición, y ha virado la finalidad explícita de la labor filosófica de interpretar críticamente por una experimentación conceptual de sesgo claramente versátil y vital. Sin búsqueda de verdades ni principios fundantes, el movimiento monstruoso -teratogénico- de la filosofía deleuzeana es puro devenir de intereses impersonales, pre-subjetivos y anónimos. Es el modo en que la vida piensa como una vida no orgánica y el pensamiento vive en un pensar sin imágenes.

Con esta fuerza vital que el pensamiento porta, nos gustaría culminar este breve trabajo , con un fragmento que consideramos de los más estimados de toda la obra del filósofo, por su consistencia y urgencia para este presente de la filosofía. Un fragmento que compone lo esencial del pensamiento deleuziano, bajo la máscara nietzscheana, donde la vitalidad y el pensar se entrelazan en un devenir indiscernible de la expresión del modo de vida filosófico. En su estudio *perverso* de la filosofía de F. Nietzsche, denominado *Nietzsche et la philosophie*, publicado en 1962, Deleuze hace un juego de intercambios, una intervención filosófica, donde pensar y vivir se vuelven intensidades coexistentes de una ontología política afirmativa de las posibilidades de vida, y por tanto, el entramado subterráneo de una comunidad *por-venir*. En efecto, Deleuze expresa:

En lugar de un conocimiento que se opone a la vida, establecer un pensamiento que afirmaría la vida. La vida sería la fuerza activa del pensamiento, pero el pensamiento el poder afirmativo de la vida. Ambos irían en el mismo sentido, arrastrándose uno a otro y barriendo los límites, paso a paso, en el esfuerzo de una creación inaudita. Pensar significaría: descubrir, inventar nuevas posibilidades de vida (Deleuze 2002 143).

Definitivamente, podemos decir que la filosofía deleuziana se presenta como un juego de *intervenciones, fabulaciones y dramatizaciones* de los conceptos. Un juego operativo que promueve el devenir-intenso, el devenir-imperceptible de lo real para captar la intensidad fulgurante de la vida, como ese reservorio intensivo de lo viviente. Por ello, para Deleuze, la filosofía hace del pensamiento la afirmación de la vida y de ésta la fuerza productiva del pensamiento, constituyendo una simbiosis lúdica-vital que a partir de una jovialidad monstruosamente perversa de impugnar la legitimidad de *lo que es* (Deleuze 2001 34-35), abre más allá de lo dado un nuevo horizonte *por-venir* y así descubrir nuevas posibilidades de vida.

Referencias

Bogue, Ronald. *Deleuze's Way. Essays in transverse ethics and aesthetics*. England: Ashgate, 2007.

- Cangi, Adrián. *Deleuze: Una introducción*. Buenos Aires: Quadrata, 2011.
- Deleuze, Gilles y Bene, Carmelo. *Superposiciones*. Buenos Aires: Artes del Sur, 2003.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Félix. *¿Qué es la filosofía?*. Barcelona: Anagrama, 2009.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Félix. *El Anti-Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*. Barcelona: Barral, 1974.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Félix. *Kafka. Por una literatura menor*. México: Era, 1990.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Félix. *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-Textos, 2010.
- Deleuze, Gilles y Parnet, Claire. *Dialogues*. Paris: Flammarion, 1996.
- Deleuze, Gilles. *Conversaciones*. Valencia: Pre-Textos, 1995.
- Deleuze, Gilles. *Crítica y clínica*. Barcelona: Anagrama, 2009b.
- Deleuze, Gilles. *Diferencia y repetición*. Buenos Aires: Amorrortu, 2009a.
- Deleuze, Gilles. *Dos regímenes de locos. Textos y entrevistas (1975-1995)*. Valencia: Pre-Textos, 2007.
- Deleuze, Gilles. *La imagen-tiempo. Estudios sobre cine 2*. Barcelona: Paidós, 2009c.
- Deleuze, Gilles. *La isla desierta y otros textos. Textos y entrevistas (1953-1974)*. Valencia: Pre-Textos, 2005.
- Deleuze, Gilles. *Lógica del sentido*. Barcelona: Editorial Planeta-De Agostini, 1994.
- Deleuze, Gilles. *Nietzsche y la filosofía*. Barcelona: Anagrama, 2002.
- Deleuze, Gilles. *Presentación de Sacher-Masoch. Lo frío y lo cruel*. Barcelona: Anagrama, 2001.
- Deleuze, Gilles. *Proust y los signos*. Barcelona: Anagrama, 1972.
- Deleuze, Gilles. *Spinoza y el problema de la expresión*. Barcelona: Muchnik, 1996.
- Dosse, François. *Gilles Deleuze y Félix Guattari: Biografía cruzada*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2009.
- Foucault, Michel y Deleuze, Gilles. *Theatrum Philosophicum seguido de Repetición y Diferencia*. Barcelona: Anagrama, 1995.

- Lambert, Gregg. *The Non-Philosophy of Gilles Deleuze*. London: Continuum, 2002.
- Le Guin, Ú. K. *La teoría de la bolsa de la ficción*. Martínez: Rara Avis, 2022.
- Mengue, Philippe. *Deleuze o el sistema de lo múltiple*. Buenos Aires: Las Cuarenta, 2008.
- Pellejero, Eduardo. *Deleuze y la redefinición de la filosofía*. México: Jitanjáfora, 2006.
- Sasso, Robert y Villani, Arnaud (Dirs.). *Le Cahiers de Noesis N° 3 - Le Vocabulaire de Gilles Deleuze*. Paris: Centre de Recherches d'Histoire des Idées/Vrin, 2003.
- Sauvagnargues, Anne. *Deleuze et l'art*. Paris: PUF, 2009.
- Zourabichvili, François. *Deleuze. Una filosofía del acontecimiento*. Buenos Aires: Amorrortu, 2004.
- Zourabichvili, François. *El vocabulario de Deleuze*. Buenos Aires: Atuel, 2007.